

Una escritora en el olvido La autora barcelonesa (1911-1999), que puso en pie en sus novelas una galería de mujeres luchadoras, es hoy desconocida. Reivindicamos su figura y su universo narrativo

Las heroínas de Carmen Kurtz

CRISTINA LÓPEZ PAVÍA

Carmen Kurtz (1911-1999) es un nombre que suena lejano para la mayoría de los lectores de hoy, y no sólo ahora, ya en el año 2000 cuando Maruja Torres le dedicó el premio Planeta, que ganó por su novela *Mientras vivimos*, un largo olvido había acompañado los veinte últimos años de la escritora barcelonesa. “¿Qué he hecho yo para merecer tal silencio!”, se lamentaba ella. Sólo unos pocos conocedores de la literatura infantil seguían sus historias protagonizadas por Óscar: *Óscar cosmonauta*, *Óscar y los ovis...* Sin embargo Carmen Kurtz había formado parte de ese grupo de mujeres que había irrumpido con fuerza en el ámbito de la narrativa de los años cincuenta, paradójicamente en una época en la que se exaltaban los valores y modelos tradicionales femeninos, proponiendo nuevas imágenes de la mujer divergentes con las concepciones de la moral vigente. Algunos de estos nombres han quedado impresos en la memoria literaria, como Carmen Laforet, Carmen Martín Gaité o Ana M^a Matute, pero otros muchos, la mayoría, nos saben a olvido. Quién se acuerda hoy de Susana March,

que emigraron a EE.UU., México y Cuba, ha condicionado la vida y la escritura de Carmen Kurtz. En la trilogía *Sic transit* nos cuenta las peripecias de los dos pioneros de la familia: su bisabuelo paterno Rafael de Rafael y su abuelo materno Carlos Marés por tierras americanas, hasta su regreso de nuevo a Barcelona a finales del XIX.

Carmen de Rafael Marés, verdadero nombre de la escritora, hija del cubano José Manuel de Rafael Verhulst y de la estadounidense Carmen Marés Gribbin, nace en Barcelona el 18 de septiembre de 1911 en el piso de la calle Mallorca, 319. El apellido con que firma sus obras lo toma de su marido, francés de Alsacia, Pierre Kurz, añadiéndole una *t*.

Novela autobiográfica

La carrera literaria de Carmen Kurtz se inicia en 1954 con la obra *Duermen bajo las aguas* y entra con buen pie en el panorama literario barcelonés pues gana con ella el premio Ciudad de Barcelona en 1955. Se trata de una novela autobiográfica en donde podemos seguir, a través de Pilar, su protagonista, la vida de la escritora desde su nacimiento en Bar-

celona hasta 1943, en que regresa de nuevo a esta ciudad después de ocho años de ausencia. En ella rememora los años de su infancia y adolescencia, su matrimonio con Pierre Kurz, su estancia en distintas ciudades francesas, y la experiencia de la Segunda Guerra Mundial en la Marsella ocupada por los alemanes. La pérdida de su madre, cuando tenía cinco años, será un punto clave que marcará su personalidad: “La muerte de mi madre fue el despertar de mi vida consciente... A partir de esa fecha nació mi pensamiento y un nuevo mundo no confiado a nadie, a mi medida”. De sus palabras se desprende que los primeros recuerdos van unidos al dolor de la pérdida, al sentimiento de orfandad. La niña se refugia en un mundo propio, el de su imaginación y, en cuanto aprende a leer, la lectura se convertirá también en su refugio y su pasión: “Cuidaba de mis libros con auténtica avaricia”. Entre los diez y los catorce años devoró “todo Verne, todo Salgari, la colección Araluce, todos los Calleja, Andersen, Grimm... salía a libro diario”, explica. Una pasión que se irá incrementando con los años.

Al morir la madre, la figura del padre cobra una importancia significativa en la vida de Carmen y de sus hermanos. “Un hombre bueno, pero justiciero como pocos”, que educó a sus hijos con mano de hierro: “Papá fue con nosotros tan severo como fueron sus padres con él”. Carmen evoca también, en esta primera novela, los largos veraneos en la finca que poseían sus abuelos maternos en Horta y que habían bautizado con el nombre de Villa Maryland, lugar de pro-

cedencia de la abuela, pero que popularmente se conocía como Can Carbassa, como un paraíso perdido en donde podía vivir en libertad y en contacto con la naturaleza. Sus estudios en colegios religiosos de la capital catalana y el curso (1929) que pasó en Inglaterra en el colegio del Sagrado Corazón de West Hill, cerca de Londres. Aunque no siguiese estudios universitarios, la educación esmerada que recibió, el ambiente cosmo-

En pleno franquismo, mostró un talento extremadamente moderno, llegando a despertar muchas conciencias femeninas adormecidas

cial y económica, la prostitución. Y, muy pronto, aparecerá la tercera, *El desconocido*. Es la historia de un voluntario de la División Azul que regresa a Barcelona a bordo del *Semiramis* después de doce años de prisión en Rusia. Carmen parte de este hecho real para narrar el reencuentro del cautivo con su esposa y las dificultades de ambos para reconocerse y reemprender su vida matrimonial. La escritora vuelve a volcar aquí sus pro-

cedencia de la abuela, pero que popularmente se conocía como Can Carbassa, como un paraíso perdido en donde podía vivir en libertad y en contacto con la naturaleza. Sus estudios en colegios religiosos de la capital catalana y el curso (1929) que pasó en Inglaterra en el colegio del Sagrado Corazón de West Hill, cerca de Londres. Aunque no siguiese estudios universitarios, la educación esmerada que recibió, el ambiente cosmo-

Junto a estas líneas, Carmen Kurtz en el acto de entrega del premio Planeta que ganó en 1956 con la novela ‘El desconocido’. En el centro, la escritora, de niña, con su abuelo materno, Carlos Marés, en la finca de Horta. A la derecha, Carmen (sentada en el sofá) en compañía de su hija Odile

FOTOS CARLOS PÉREZ DE ROZAS Y ARCHIVO ODILE KURTZ



pero, ¿quién es Carmen Kurtz? En *El regreso*, una de sus novelas, Mauricio Roura, personaje protagonista, le dice a su nieto: “Al otro lado del mar han quedado algunos de los nuestros”. En Cuba, en EE.UU., han quedado también algunos de los antepasados de la escritora. El ser descendiente, tanto por el lado paterno como por el materno, de catalanes

Mercedes Formica, Elena Quiroga, Elena Soriano, Dolores Medio, Concha Alós... Todas ellas, juntas y por separado, son esenciales para rescatar la memoria de la posguerra y para configurar el modo de sentir y pensar de las mujeres de los años cuarenta y cincuenta. Parece de justicia pues rescatar a esta escritora que en su momento fue conocida y valorada y que cuenta en su haber numerosos galardones literarios: el premio Ciudad de Barcelona de 1955 por su primera novela *Duermen bajo las aguas*; el Planeta de 1956 por *El desconocido*; el Ciudad de Barbastro de 1975 por *Cándidas palomas*. Quizás, el éxito como escritora de literatura infantil pudo contribuir a erosionar la presencia de Carmen como novelista de adultos.

polita e ilustrado de su familia, y su manejo del francés y el inglés, dotaron a la escritora de una vasta cultura literaria (conocía bien la literatura europea moderna y los clásicos españoles) que quedará plasmada en su obra. Nos narra también su noviazgo y su matrimonio en 1935 con Pierre Kurz, y los ocho años de estancia en Francia: Bourges, Melun, Tours, Marsella, donde Pierre trabajaba en distintas fábricas cerveceras. El nacimiento en Melun, en octubre de 1936, de su única hija, Odile, que con el tiempo se convertirá en estrecha colaboradora de la aventura literaria de su madre al ilustrar muchos de sus cuentos infantiles. El estallido en 1939 de la Segunda Guerra Mundial y la movilización de su esposo con el balance de dos años en el frente y dieciocho meses prisionero en un campo de concentración alemán, mientras que ella, sola, en la Marsella ocupada, trabaja en el Consulado de España de esta ciudad. Y, finalmente, su vuelta a Barcelona en 1943, una Barcelona muy distinta a la que habían dejado en 1935. Eran los años difíciles de la primera posguerra, los años de las restric-

Mercedes Formica, Elena Quiroga, Elena Soriano, Dolores Medio, Concha Alós... Todas ellas, juntas y por separado, son esenciales para rescatar la memoria de la posguerra y para configurar el modo de sentir y pensar de las mujeres de los años cuarenta y cincuenta. Parece de justicia pues rescatar a esta escritora que en su momento fue conocida y valorada y que cuenta en su haber numerosos galardones literarios: el premio Ciudad de Barcelona de 1955 por su primera novela *Duermen bajo las aguas*; el Planeta de 1956 por *El desconocido*; el Ciudad de Barbastro de 1975 por *Cándidas palomas*. Quizás, el éxito como escritora de literatura infantil pudo contribuir a erosionar la presencia de Carmen como novelista de adultos.

Mercedes Formica, Elena Quiroga, Elena Soriano, Dolores Medio, Concha Alós... Todas ellas, juntas y por separado, son esenciales para rescatar la memoria de la posguerra y para configurar el modo de sentir y pensar de las mujeres de los años cuarenta y cincuenta. Parece de justicia pues rescatar a esta escritora que en su momento fue conocida y valorada y que cuenta en su haber numerosos galardones literarios: el premio Ciudad de Barcelona de 1955 por su primera novela *Duermen bajo las aguas*; el Planeta de 1956 por *El desconocido*; el Ciudad de Barbastro de 1975 por *Cándidas palomas*. Quizás, el éxito como escritora de literatura infantil pudo contribuir a erosionar la presencia de Carmen como novelista de adultos.

El éxito del Planeta

A partir de la ruptura matrimonial, Carmen se volcará por entero en la literatura, alternando la producción infantil (que ya venía realizando desde los años cuarenta) con la novela para adultos. A lo largo de más de dos décadas irán apareciendo periódicamente nuevas novelas: *Detrás de la piedra* (1958), *Al lado del hombre* (1961), *En la oscuridad* (1963, finalista del premio Café Gijón), *El bece-*

Susto presupuestario

XAVIER BRU DE SALA

En el tercer año de la pasada legislatura se produjo un aumento tan brusco e inesperado en Cultura, que no sentó del todo bien

Tenemos aún pendiente un breve análisis comparativo de los presupuestos de Cultura de este inicio de la etapa Tresserras. Me doy por emplazado. Antes, aprovechando que es verano y no me leéis, y los pocos que leéis algo que no sea puro entretenimiento para las neuronas mecidas en hamacas o estiradas en tumbonas, es como si no leyeráis de lo adormilados que debéis andar por estas fechas (el Ferragosto italiano, tan activo y vivaz en contraste con ese arrastrar de pies en la arena de la Mare de Déu d'Agost). En caso contrario, si de veras vais o estáis despiertos o hacéis trampas y lo dejáis recortado para leerlo a la vuelta, debéis prometeros no hacer un mal uso de la información que os proporciono en el párrafo siguiente. A fin de evitar que alguien se base en lo que afirmo y firmo para apuntarse a las tesis del francés Fumaroli y propugnar un alto inmediato, y hasta devolución de las subvenciones de Cultura, procuraré no ser del todo claro, aunque tampoco tan oscuro que no se entienda bien a las claras lo que voy a contaros.

Como bien sabéis, el president Maragall prometió doblar el presupuesto de Cultura en una legislatura, y como deberíais saber habría estado, al paso que llevaba, bastante cerca de conseguirlo, de no haberse visto forzado a convocar elecciones anticipadas. Sin embargo sucedieron dos cosas. Una, que a mitad de legislatura se dieron cuenta de que iban por mal camino, pues la generosidad del primer año se convirtió en cicatería en el segundo. Dos, que aún dando un formidable salto en el tercero, de manera que en el cuarto se cumpliera el objetivo previsto, la proporción de Cultura en los presupuestos generales de la Generalitat iba a la baja. Razón de más, esa de la disminución en porcentaje, para que el salto fuera de veras importante. Hasta ahí, nada que objetar, salvo remarcar una y otra vez que la proporción sobre los totales pesa más que la evolución de las cifras absolutas. Lo malo del caso fue que el Departament no estaba preparado, de

golpe y sin previo aviso, para asumir, deglutir y convertir en algo eficaz un incremento tan súbito y elevado. El dinero se gastó, claro, pero de modo notorio a base de aumentar subvenciones y otros gastos finalistas, de manera que hubo como si dijéramos un desencaje al alza, de entrada bienvenido por los beneficiarios de tan inesperada lluvia, pero a medio plazo perverso, pues a subir todo el mundo está dispuesto, pero a bajar nadie se conforma. Ciertamente cantidades poco despreciables fueron a parar a sectores acostumbrados a un trato económico exiguo. Pero en resumidas cuentas, aquel dinero no acabó de sentar bien a la maquinaria de la Administración de Cultura.

Lo pasado, pasado está. No puede acusarse de improvisación a los encargados de repartir el incremento, pues se encontraron con un inesperado regalo que por nada del mundo podían rechazar. Por si fuera poco, hubo cambio en la titularidad, que pasó de Caterina Mieras a Ferran Mascarell. Pero de ahí sí cabe aprender algunas lecciones. Por ejemplo, que los planes plurianuales no son un mal invento. Aunque luego haya que ajustarlos, tener una previsión de la probable —mejor dos, de la probable y de la deseable— evolución presupuestaria a principios de legislatura no es ninguna tontería. En cualquier caso, conviene que el Departament esté siempre preparado por si se produce otro salto de las proporciones del aquí comentado. Hay tanto que hacer, tantas zonas de la cultura donde no llega ni siquiera un microrriego, que una medianamente buena planificación, basada en necesidades reales, habrá de arrojar buenos resultados aunque no vuelva a tocar la lotería.

Las políticas deben traducirse en presupuestos, ya que al revés es peligroso. Primero, un cuadro pormenorizado de las necesidades. Luego, compromisos plurianuales. Al final, ajustes para cuadrar. Nunca, nunca, improvisar, porque entonces se dan argumentos a los enemigos de ayudar a la cultura con dinero público



Caterina Mieras y Ferran Mascarell, los anteriores titulares de Cultura

XAVIER GÓMEZ

rro de oro (1964), *Las algas* (1966), *En la punta de los dedos* (1968), entre otras. Su carrera literaria se cierra con *Cándidas palomas* (1975) y con la trilogía *Sic transit* en donde reconstruye e indaga en sus orígenes familiares y que termina en 1976. Esta larga trilogía que comprende *Al otro lado del mar* (1973), *El viaje* (1975) y *El regreso* (1976), en la que estuvo trabajando muchos años, pone fin, de una manera brillante, a su carrera como novelista. Sin embargo, siguió dedicada a la literatura infantil y juvenil hasta 1992. Carmen muere el 6 de febrero de 1999.

A partir del premio Planeta, Carmen Kurtz se convierte, ya definitivamente, en una escritora de éxito, conocida y querida por el público. Asiste a coloquios, da conferencias, firma sus libros por Sant Jordi. También colabora en distintos periódicos y revistas. De entre ellos destaca su columna en el diario *La Prensa*. Allí dirigía un consultorio *sociológico* desde donde dialogaba, daba consejos y orientaba a sus lectores mostrando una personalidad y un talante extremadamente moderno para la época: defendía el divorcio, la independencia de la mujer, su autonomía económica, ayudando así a despertar muchas conciencias femeninas adormecidas, como reconocen Maruja Torres y Ana M^a Moix que pudieron seguir sus artículos. Como vemos, nuestra escritora participa en la vida cultural de la ciudad. Su nombre se vincula a una serie de escritores e intelectuales: Ignacio Agustí, Tomás Salvador, Mario Lacruz, José M^a Kaydeda,

lo que la sociedad les exige. El Régimen franquista se sirvió de la Sección Femenina y de la Iglesia para validar y propagar mitos ancestrales sobre la mujer. Mediante una subversión irónica de estos mitos, nuestra escritora combate estas ideas acerca del papel de la mujer, sus protagonistas ponen en entredicho estas normas y se niegan a aceptarlas. La lucha por lograr el crecimiento personal, el desarrollo, la libertad y la independencia a la vez que una voz personal y única es el principal interés de las heroínas de Carmen Kurtz. Así lo podemos ver a través de Pilar en *Duermen bajo las aguas*, de Victoria en *La vieja ley* o de Carla en *Al lado del hombre*.

Literatura comprometida

Carmen Kurtz se siente ligada al realismo social aunque no practique un realismo puro ni encaje bien en los límites que fija Sanz Villanueva, el investigador que mejor ha definido este realismo. Ella se ha autodefinido como novelista de la clase media, de la burguesía, a la que pertenece, y cuya conciencia crítica quiere ser. A través de novelas como *Detrás de la piedra*, *El becerro de oro*, *En la punta de los dedos* o *Las algas* pone de relieve y denuncia que la injusticia es moneda corriente, que la hipocresía triunfa, que se vive tras una fachada de respetabilidad. Es la visión de la escritora que ha escogido el oficio, de acuerdo con su concepción de literatura comprometida, de arrancar los falsos rostros de una sociedad a la que fustiga en sus vicios. “Si algo tiene que hacer un escritor”, confiesa, “es denunciar lo que considera injusto y enderezar lo que ve torcido.”

La geografía espacial de las novelas de la escritora está íntimamente unida a su biografía particular. El autobiografismo y la memoria están presentes en su obra como una forma de revisión de su pasado en búsqueda de su identidad personal. Por ello, la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, aunque no se aborden directamente, forman el telón de fondo de muchas de sus novelas, como fenómeno que influye en el interior de los personajes y en el proceso de su concienciación. Por ello Barcelona se convierte en escenario recurrente hasta el punto de devenir en *personaje secundario*, en esa otra *gran dama* que nunca deja de aparecer aunque sea a modo de contrapunto. A través de sus novelas asistimos al proceso y evolución de la ciudad desde finales del siglo XIX hasta más allá de la mitad del siglo XX.

En cuanto a la forma, partiendo de una base realista introduce novedades para dejar paso a la introspección personal. La indagación psicológica y los monólogos interiores aparecen con frecuencia. Sus novelas atraen por la sencillez del estilo, la esmerada construcción de la estructura narrativa y un manejo convincente de los diálogos.

Su contribución a la narrativa de posguerra no merece quedar sepultada en el olvido aunque éste parece ser un fenómeno que acompaña a la literatura de los años cincuenta, sobre todo a la escrita por mujeres. El lugar que ocupó su obra, en su tiempo reconocida y admirada, desapareció ya en vida de la autora. En sus últimos años parecía como si hubiese pasado de puntillas por la literatura española, y es que, como reconoce Alicia Redondo Goicoechea, todavía hoy, las escritoras españolas necesitan de una especial atención si quieren que su obra se considere en su justa medida y perdure. El tiempo, que sabiamente sabe situar las cosas en su justo lugar, la recobrará, pues ahora vive en sus textos bajo las aguas de nuestra memoria. |



Rafael Borrás, Mercedes Salisachs, José M^a Castillo Navarro...

En el universo narrativo de Carmen Kurtz podemos señalar algunos temas o rasgos significativos: la importante presencia de la mujer ya sea como protagonista, como tema, o como simple espectadora de la realidad; la crítica a la sociedad burguesa; y la ciudad de Barcelona como espacio geográfico y telón de fondo de sus novelas.

“Los libros de Carmen Kurtz”, nos dice M^a Dolores Ortiz, “son novelas de mujeres. Ellas son los tipos mejor dibujados, más acabados, quienes poseen una mayor riqueza de matices. Existe en su trazado penetración psicológica y realidad.” La escritora pone en pie, en sus novelas, toda una galería de mujeres llenas de fuerza y afán de superación en unas circunstancias concretas que coinciden con su tiempo histórico. Mujeres dispuestas a vivir por sí mismas, a liberarse de aquello que les oprime y que, en su conjunto, forman un espejo bastante real y fidedigno de la realidad del momento. Todas ellas ven de forma crítica su situación y no quieren seguir el mode-